

mente con la carabina, la espada, el tahalí y la bandolera. Al fin se desenganchó el pie, soltaron sus manos la crin y acabó por caer con mucha más destreza que la que había empleado para montar.

Por estas citas podrá juzgarse con exactitud del carácter de este libro lleno de buen humor, escrito en un estilo pintoresco, fluido, fácil, abundante, exacto y lleno de colorido, de imaginación y de vida.

Por lo que hace al asunto, va saliendo á la buena de Dios. Un capítulo tira del otro, pero ¿qué nos importa! ¿Qué se nos da de todas esas complicaciones de intrigas á usanza española, y de que El Destino y la Srta. de la Estrella sean en realidad el uno hijo de aldeano y la otra noble doncella, Garigues y Leonor? Garigues tiene dos enemigos, Saldaña y Saint-Far, y un amigo, Verville. Se bate en varias ocasiones con sus adversarios, favorece á su amigo, salva á Leonor del amor de Saint-Far á quien ella aborrece, huye con ella y, como se encuentra arruinada, se alistan ambos en aquella compañía de cómicos cuyo jefe, El Rencor, ha salvado á Garigues de la muerte. Todas estas historias nos son indiferentes y sólo tienen valor por los detalles de las innumerables aventuras, por su agradable corte, por el estilo y por la abundancia del relato. ¿Cómo fué robada y recobrada Angélica? ¿Cómo se apoderó el malvado Saldaña de Leonor La Estrella y tuvo que devolverla? No son más que episodios semejantes á los engranajes de una rueda, gracias á los cuales puede marchar ésta.

Lo que es admirable por la fantasía, por lo extraordinariamente cómico y por su irresistible vivacidad, son las estratagemas del Rencor, las desventuras de Ragotín, y cuando El Rencor, obligado á compartir su cama en la posada con un buhonero, hace lo posible por molestar á su compañero, despertándole sin cesar, apretándole el pecho con el codo para alcanzar un objeto de segunda necesidad, que al fin le vacía encima de la cabeza, y el desdichado buhonero va renegando á secarse á la cocina donde acaba de pasar la noche. ¿Y qué decir de Ragotín cuando, en una estrecha escalera, recibe encima del estómago á La Caverna, á su hija, á un criado, y un costal de harina; y lo mismo de El Rencor, cuando se instala en el lecho mortuario del posadero, á fin de poder dormir solo y á sus anchas y lleva el cadáver á la cama de Ragotín que se despierta dando bramidos? Esto da lugar á una nueva trifulca en la que se distingue El Rencor.

Dió tal bofetón que, pasando de refilón sobre la primera mejilla que encontró, por decirlo así, fué á dar en una segunda y hasta en una tercera, porque daba la mayor parte de sus golpes dando al mismo tiempo media vuelta, de suerte que hubo bofetón suyo que arrancó tres sonidos diferentes de tres mandíbulas distintas.

He aquí el *leit-motiv* de estas ridículas aventuras que degeneran siempre, como en el teatro de titeres, en lluvia de golpes y de sonoras bofetadas sobre superficies carnudas que todavía conservan la rubicundez causada por recientes palizas ó por indiscretas picaduras de abejas, cuando no se trata de Ragotín que, después de recibir un diluvio de bofetones, se hunde en una alcantarilla, sobre cuya placa se hallaba colocada su silla.

Scarrón no acabó su libro. La continuación, de Offray, lleva á buen término todas las intrigas empezadas: el perverso Saldaña muere, y El Destino se casa con su Estrella. Ragotín perece miserablemente, cosa que Scarrón no hubiera consentido.

Preschac hizo también una continuación (1679), á su modo; es una prolongación alegre, más bien que un desenlace. La Fontaine y Champmeslé llevaron la *Novela Cómica* al teatro, en 1674, en una desdichada comedia en cinco actos.

Esta novela es una de las más divertidas que existen, pero el elemento cómico está tan exagerado que hace disforme la verdad. Es una caricatura de la vida, y no aspira á ser una pintura exacta y llena de observación. Por otra parte, no se propuso semejante cosa Scarrón y él mismo nos lo advierte:

Soy hombre demasiado honrado para no advertir al lector benévolo que, si se ha escandalizado de todas las burlas que ha leído hasta aquí en el presente libro, hará bien en no seguir leyendo, porque en conciencia, no encontrará otra cosa aun cuando el libro sea más grande que el Ciro.

¡Y qué asombroso ingenio en la sátira de las ridiculeces de los tipos de provincia, sin contar á La Rappinière y á Ragotín, á la inflamable y gorda señora Bouvillon y al enorme La Baguenaudière, que con sus anchas espaldas oculta la escena á una gran parte de los espectadores los cuales le gritan: ¡síntese! creyéndole de pie. Lo mismo diremos respecto á los hosteleros, médicos, curas, religiosas, y al bueno del Sr. de la Garouffière y al excelente marqués de Orsay, á cual más raros y ridículos, actores insignificantes de una bufonada sin consecuencia. Eruditos como Pablo Lacroix ú hombres de ingenio como el Sr. Enrique Chardón se han esforzado por averiguar quiénes fueron los originales de aquellas figuras grotescas. Creo que es trabajo perdido, porque no son retratos, sino muecas, sueños extrayagantes de la más desenfundada imaginación. El Sr. Morillot, el último historiador de Scarrón, debe sentir menos el haber esperado hallar inútilmente la clave de un libro que carece de ella.

El último ejemplar de este mismo género, y no seguramente uno de los menores, es la *Novela Burguesa* de Furetière.

Antonio Furetière (1620-1688), parisiense, dejó á un lado las ridiculeces de provincia, que acababa de fustigar Scarrón, y tomó por su cuenta las de París. Abogado del Parlamento y procurador fiscal de San Germán de los Prados, se hizo conceder un beneficio eclesiástico para poder vivir.

Se estrenó con una novela, *Acerca de las últimas turbulencias ocurridas en el reino de la Elocuencia*; allí se ve á la princesa Retórica ordenar á las damas Alusión y Equívoco que se retiren al país de la Pedantería. Pero llega Galimatías á la cabeza de un ejército de Epifonemas. Esta pesada burla gustó tanto que Furetière fué nombrado Académico, aunque la Academia le arrojó después de su seno por la competencia que le hacía con su proyecto de diccionario, lo cual dió lugar á que Furetière escribiese un epigrama en que decía, aludiendo al *Diccionario* de la Academia :

J'avais un moyen infaillible
De nourrir avec eux la paix :
J'en devais faire un plus mauvais ;
Mais la chose était impossible¹.

Furetière murió en 1688 y el famoso diccionario apareció en Rotterdam en 1690, cuatro años antes que el de la Academia.

La *Novela Burguesa* es una obra interesante, aunque demasiado bufonesca para dar prueba de una observación muy sagaz de la vida. Está llena de tipos y escenas divertidos y de descripciones de un concienzudo realismo. Hasta hay en ella caricaturas de contemporáneos : Sorel, la Srta. de Scudéry, Pellissón. La caricatura resulta algo exagerada y puede juzgarse del tono de la obra por estas palabras :

Canto los amores y aventuras de varios burgueses de París, de ambos sexos, y lo más admirable del caso es que canto sin saber música.

Empieza el autor por una bufonada, y su primera frase es una broma digna de Polichinela. Sin embargo, el principio de la novela burguesa puede pasar por un cuadro de costumbres pintoresco y exacto y, si la continuación no fuese tan distinta, la obra de Furetière

1.

Tenía un medio infalible
De estar con ellos en paz,
Y era hacer uno más malo,
Cosa imposible en verdad.

valdría algo más. Durante algunas páginas tomamos parte en la vida del viejo París ; recorremos la vieja plaza Maubert y muy cerca de ella entramos en la iglesia de los Carmelitas. Asistimos á los oficios en la nave llena de fieles, por entre los cuales pasa y vuelve á pasar la graciosa Javotte que presenta su cepillo á las ofrendas de los devotos.

— Asistía á aquella solemnidad un hombre anfibio, que era abogado por la mañana y cortesano por la noche ; llevaba por la mañana la toga en el palacio de justicia para pleitear y defender, y por la noche usaba las galas del cortesano para hacer la corte á las damas. Era uno de esos burgueses jóvenes que, á pesar de su nacimiento y educación, quieren pasar por gente del gran mundo y que se figuran que cuando están vestidos á la moda y desprecian á su parentela ó se burlan de ella, han adquirido alto grado de elevación sobre sus semejantes. Nuestro héroe no era fácil de reconocer cuando había cambiado de traje. Sus cabellos, cortos por la mañana, cuando asistía al tribunal, hallábanse cubiertos por la noche con una soberbia peluca rubia, visitada con mucha frecuencia por un peine que el tal tenía más en la mano que en el bolsillo. Su sombrero sentía hacia ella tan gran respeto que no se atrevía casi nunca á tocarla. El cuello de su capa estaba muy bien empolvado, su camisa adornada con encajes, y lo más gracioso del caso es que tenía por fortuna en la parte baja de la mejilla una verruga que le servía de honrado pretexto para cubrirla con una mosca. En fin, vestíase de tal modo que un provinciano no hubiera dejado de tomarle por modelo para estar á la moda. Pero he hecho mal en decir que no era fácil reconocerle ; su cara, su gesto, su continente y su conversación le daban á conocer fácilmente, porque es más difícil cambiar todo esto que cambiar de vestido, y todas sus muecas y mohines afectados hacían ver claramente que no imitaba á los cortesanos sino en lo que éstos tenían de defectuoso y de ridículo. De paso puede decirse que esto mismo sucede á todos los imitadores en cualquier género que sea.

Situado detrás de un pilar, sin apartar los ojos de la linda Javotte, el abogadillo Nicodemus anda ya revolviendo en su majín los medios de emprender negociaciones con la linda desconocida. Como es una honrada joven del barrio, lo más seguro es dirigirse primero á los padres y no hay nada tan natural y divertido como las idas y venidas de Nicodemus, multiplicando las visitas y consultas en casa del Sr. Villochón, padre de la muchacha ; se invita á comer con él las liebres que le regala, y juegan, á los bolos, capones que después comerán juntos en casa de Villochón. Todo este relato es interesante y exacto, sin ningún detalle violento ó inverosímil ; es Paul de Kock en 1666 en el barrio Maubert. Pero no tardan en desaparecer estas cualidades ; el autor prescinde de la naturalidad y ésta no reaparece por desgracia.

El matrimonio proyectado entre Nicodemus y Javotte es impedido merced á la intervención de cierta Lucrecia, llamada Lucrecia la Burguesa (para distinguirla de la Romana que se mató á puñaladas). Nuestra Lucrecia es una coqueta, en cuya casa se juega y que á cada nuevo amante que conquista le hace firmar promesa formal de matri-

monio. Nicodemus ha estado en casa de Lucrecia y ha firmado también. Llega el caso á noticias de Villochón y arroja á su futuro yerno que sale de la casa, en medio de una escena verdaderamente bufa.

Nicodemus, que no se encontraba allí muy satisfecho y que por otra parte estaba impaciente por saber la causa de aquel pique, se despidió de ella poco después. No se atrevió á saludar, al salir, á su amada, del modo permitido á los novios oficiales. Javotte por su parte se contentó con hacerle una reverencia muda; pero al levantarse dejó caer un ovillo de hilo y sus tijeras que tenía en la falda. Nicodemus se arrojó precipitadamente á sus pies para recogerlos; Javotte se bajó por su parte para adelantársele y, al levantarse ambos al mismo tiempo, chocáronse las dos frentes con tal violencia que se hicieron un chichón. Nicodemus, desesperado por tal desgracia, quiso retirarse en seguida; pero no se fijó en un aparador cojo que había detrás de él y tropezó con el mismo con tanta fuerza que hizo caer una hermosa figura de porcelana, que era única en su género y muy estimada en la casa. Á esto la madre prorrumpie en injurias contra él. Pide mil perdones y quiere recoger los pedazos para enviarles una igual; pero, al andar bruscamente con zapatos nuevos por un piso bien encerado, como debía estarlo para los esponsales, se escurre y, como en tales casos procura uno agarrarse á lo primero que encuentra, se agarra á las borlas de los cordones que sostenían el espejo; ahora bien, habiéndose roto éstos con el peso de su cuerpo, cayeron al mismo tiempo el espejo y Nicodemus. Sin embargo, el más maltratado de los dos fué el espejo que se hizo mil pedazos. Nicodemus salió del paso con dos contusiones ligeras. La procuradora, gritando más fuerte que antes, le dice: «¿Quién me ha traído aquí esta ruina?» y se dispone á echarle con el mango de la escoba. Nicodemus, avergonzado se dirige á la puerta de la sala, pero, como estaba colérico, la abre con tal furia que fué á dar contra una tiorba que un vecino había puesto arrimada á la pared, y que se hizo pedazos.

Una vez libre Javotte del compromiso, solicita su mano Juan Bedout, personaje grotesco:

Ahora bien, como se halló más cerca de Javotte, una vez que se sentaron, púsose el sombrero bajo el brazo y, después de frotarse las manos, tras un largo silencio, á fin de meditar sin duda lo que había de decir, entabló de esta suerte la conversación: «Señorita, ¿sois vos de quien me han hablado?» Javotte contestó con su acostumbrada inocencia: «No sé, señor, si le han hablado de mí, pero lo que sí sé es que no me han hablado de vos. — ¿Cómo, repuso, pretenden acaso casaros sin deciros nada? No sé, dijo ella. — ¿Pero qué diríais si os propusiesen un matrimonio? — No diría nada, respondió Javotte. — Eso me convendría, repuso Bedout, bastante alto, creyendo decir una frase ingeniosa, porque nuestras leyes declaran en términos formales que el que no dice nada parece consentir. — No sé cuáles son esas leyes, dijo ella; por lo que á mí toca, no conozco más leyes que la voluntad de mis padres. — Pero, repuso él, si os mandasen querer á un hombre como yo, ¿lo haríais? — No, dijo Javotte, porque de sobra se sabe que las jóvenes no deben nunca mostrar cariño á los jóvenes. — Digo, replicó Bedout, en el caso en que fuese su marido. — ¡Oh! ¡oh! no lo es to-

avía, y antes de que lo sea ha de pasar mucha agua bajo los puentes. «La buena madre, á la que no le parecía mal este partido que juzgaba muy ventajoso, tomó parte en la conversación y le dijo: «Señor, no hay que hacer caso de lo que dice: es una muchacha muy joven, y tan inocente que casi es boba. — ¡Oh! Señora, repuso Bedout, no digáis eso, es vuestra hija y no puede menos de parecerse á vos. Por mi parte creo que no hay nada tan ventajoso como casarse con una muchacha muy joven, porque de ese modo puede uno educarla antes de que se halle formada por completo». La madre responde inmediatamente: «Mi hija ha sido siempre muy bien educada y su marido tendrá en ella una excelente mujer de su casa que no levante los ojos del trabajo desde por la mañana hasta por la noche. — ¡Cómo! interrumpió Javotte, ¿tendré que trabajar también después de casada? Yo creía que cuando una se casaba no tenía otra cosa que hacer que jugar, pasearse y hacer visitas. Si supiera que me había de casar para eso, preferiría quedarme como estoy. ¿Para qué sirve pues el matrimonio?» Lorenza, que era diestra y maliciosa, le dijo en seguida: «No, señorita, no tengáis miedo, mi primo es más galante de lo que parece y tiene suficiente fortuna para vivir honradamente sin que tengáis que daros tanto trabajo. Viviréis á vuestras anchas y muy tranquila; dormiréis toda la mañana, iréis á jugar y á pasearos todo el resto del día; con tal que estéis en su compañía para comer y cenar, eso basta. — Os metéis en camisa de once varas, dijo Bedout casi colérico; un marido no se casa sino para tener compañera y para arreglar su casa. Sin embargo en lugar de cuidar de mi hacienda, ¡mi esposa sólo se cuidaría de disiparla! Para eso no bastaría la fortuna de Creso. Por mi parte desearía que mi esposa viviese á mi modo y que no tuviese más gusto que ver á su marido. — Pondríais, dijo Lorenza, límites muy estrechos á sus diversiones. — Voy á probaros, repuso Bedout, con cien autoridades, que así debe ser.» Y en efecto, se disponía á ensartar cien tonterías y pedanterías cuando por fortuna entraron en la sala con una colación que vino á interrumpir aquel ridículo coloquio.

La única galantería que hizo aquel día fué enpeñarse en mondar una pera para su futura, pero, cuando estaba ya casi mondada, se le escapó de las manos y rodó por el suelo. La recogió con un tenedor, sopló encima, la raspó un poco con el cuchillo y después se la ofreció, pidiéndole mil perdones como suelen hacer hoy muchas personas. Javotte respondió ingenuamente: «Señor no puedo dárselos porque no tengo ninguno.»

Poco después recibió Javotte de su pretendiente esta linda declaración por escrito:

— Señorita, como obro con el consentimiento y autoridad de sus señores padres que me han permitido esperar entrar á formar parte de su familia, no creo pasar los límites de las conveniencias sociales dirigiéndoos estas líneas y haciéndoos mi declaración; os ofrezco mi corazón enteramente nuevo, puro, y limpio y que es como un pergamino virgen en que vuestra imagen podrá grabarse á sus anchas, pues no ha sido nunca tocado por ningún otro lápiz ni ha recibido ningún otro retrato. Pero ¿qué digo? Os ofrezco más bien una lámina de bronce en la que con el buril y las puntas de vuestras miradas habéis dibujado vuestra hermosa imagen que, gracias al agua fuerte de vuestros rigores, se ha grabado tan profundamente que podéis sacar cuan-

tas copias queráis. Desearía, en cambio, poderme ver grabado en el vuestro en talla dulce y, para no llevar más adelante mi alegoría, quisiera que nuestros dos corazones, pasando bajo la prensa del matrimonio, recibiesen tan hermosas impresiones que pudiesen ser después encuadrados juntamente de un modo indisoluble para ir ambos á habitar en un estudio donde aprenderíamos á gozar la dicha de una vida privada y tranquila; dicha que os desea desde hoy para siempre, vuestro muy humilde y afectuoso esposo

Juan BEDOUT.

Pero Javotte, á quien su padre quiere despatillar algo antes de casarla, es presentada en la buena sociedad, y con ella penetramos en algunos salones en que imperaba el preciosismo. Allí encuentra á Pancracio, de quien se enamora, y rehusa la mano de Juan Bedout; su padre la mete en un convento, pero ella se hace robar por su preferido.

Todo lo demás se reduce á retruécanos entre Colantina y el juez, el imbécil Belastre, antecesor de Bridoisón, y el poeta Charoselles, es decir Carlos Sorel, de quien Furetière tomó tan mezquina venganza.

Esto basta para dar idea de tan entretenido relato.

Para indicar bien el sentido y el alcance de estas regocijadas novelas, hay que tomarlas como una protesta, como una manifestación contra las novelas de galantería metafísica. Entre los dos instintos de nuestra raza, la licencia vulgar y el preciosismo, no ha podido haber jamás acuerdo ni inteligencia, sino lucha y rivalidad, pues la una excluye á la otra.

En su aversión hacia la distinción aristocrática de la literatura de los salones, los escritores del otro bando cayeron en la más baja y popular trivialidad, y entonces nació el género burlesco que no volvió á encontrar manera igual de manifestarse, porque el amor á lo distinguido no volvió á provocar una reacción semejante.

De esta suerte Scarrón opuso á lo precioso, « lo burlesco como antidoto », según dice Sainte-Beuve.

— Cuanto más se habituaban en casa de la Srta. Bocquet y de Mad. Aragonais á extraer la quinta esencia de la finura, más violenta debía ser la reacción popular; á la ampulosa y gongorina jerga del amor puro, oponíanse los términos muy crudos de otra clase de amor; á las disertaciones sutiles y alambicadas, los razonamientos más vulgares; por oposición á la manía de emplear perifrasis discretas, el género burlesco hizo gala de emplear palabras que jamás deberían pronunciarse en una sociedad culta; llamó al gato un gato y aplicó sus nombres propios á otras cosas peores; y mientras las Catalinas y Magdalenas se desvivían por dar nobles definiciones de los objetos más bajos como una butaca ó una silla, lo burlesco se dedicó á aplicar

los términos más groseros á las ideas y cosas más respetables; por último hizo todo lo contrario de lo que hacían los cultivadores del preciosismo.

España, con Mendoza, Quevedo y Francisco de Rojas, é Italia, con Pulci, Ariosto, Firenzuola y Caporali Lalli, habían dado ejemplos que favorecieron en Francia la inclinación natural á esta clase de groseras burlas.

¿Qué es lo burlesco?

Cuando se visitan los jardines del alcázar de Sevilla, el guía os conduce á una alameda embaldosada, á la que dan sombra limoneros y magnolias, y os hace notar en los intersticios de las baldosas numerosos agujeritos, abiertos todos ellos en un caño subterráneo que estableció Don Pedro el Cruel. Cuando tenía convidados, invitaba á damas y caballeros á pasearse por aquella alameda pérfida y hacia soltar los surtidores de agua bajo el paso de los imprudentes paseantes que se veían de pronto acometidos por aquel haz de duchas ascendentes.

Esta broma se llamaba una *burla* y al que era dado á ellas se le daba el nombre de burlador.

La comedia de Tirso de Molina de la que sacó Molière su *Don Juan* se llama el *Burlador de Sevilla*¹. Lo burlesco designa pues una especie de bufonada. Es á la literatura lo mismo que la caricatura al dibujo ó al retrato. Es un disfraz, una exageración, una hinchazón que deforman el original.

Hay dos clases de burlesco. Si el objeto es bajo, vil y trivial y se le trata con cierta clase de consideraciones y honores, tenemos el primer género de burlesco, el heroicocómico, como cuando el poeta canta en estilo épico á una rana ó un facistol.

Por el contrario, si de intento se quiere envilecer y rebajar lo que es noble y elevado en sí, tratando como á un zapatero de viejo á Eneas, hijo de Anquises, ó á Clelia, la hermosa romana, tenemos la segunda clase de burlesco.

Esteban Pasquier hallábase un día en un salón literario de Poitiers, en casa de las señoras Desroches, donde se reunían los ingenios de la población. En el seno descotado de la Srta. Desroches saltó una pulga. Hay que advertir que entonces reinaba Enrique III y que la gente no se mostraba tan delicada en lo relativo á la limpieza. Sabido es que el color *isabel*² toma su nombre del matiz que adquirió la camisa de la reina Isabel por haberla llevado ésta demasiado largo tiempo. Las más altas damas no se lavaban las manos todos los días.

1. El autor hace un juego de palabras, pues todo el mundo sabe que *Burlador*, en este caso, significa *libertino*. (N. del T.)

2. La anécdota es pura leyenda. En castellano no existe esta palabra que significa: *color de café con leche*. (N. del T.)

La pulga de la Srta. Desroches no llamó la atención, ni aun siquiera la de la misma señorita. Bernardino de Saint-Pierre veía una de las pruebas de la existencia de Dios y de la Providencia en el hecho de que las pulgas son negras para que se vean mejor sobre la piel blanca y puedan ser más fácilmente cazadas. Aquél día obtuvo un triunfo.

Rieron mucho los concurrentes y se hicieron madrigales. El insectillo fué celebrado en versos dignos de los dioses. Se hizo una colección muy rara hoy en que la feliz picarueta fué cantada en versos griegos, latinos, franceses, italianos y españoles.

La señorita en cuestión no se avergonzó ni sintió la menor confusión por lo que había dado que hablar su pulga. Los mejores versos de la colección son los suyos. He aquí un asunto heroicocómico.

Referir con la entonación de los poemas de Homero las aventuras de un facistol, que unos querían colocar en el granero y otros en el coro, decir cómo se conmovieron los dioses con tan importante asunto, introducir en esta epopeya los artificios, las costumbres, las apariciones, las divinidades, los sueños, las alegorías, el énfasis y los discursos de los poemas épicos, es componer el *Facistol* de Boileau, poema heroicocómico en que la nota cómica nace del contraste entre la forma solemne y la humildad del asunto.

Todo el *Facistol* es una obra maestra de este género, por su estilo puro, su fantasía nada exagerada y su parodia suave, pues todo su procedimiento consiste en suponer en el vulgo el lenguaje y las maneras de los grandes señores¹.

Al mismo género pertenece el *Capellán destocado*, del mismo Boileau, en colaboración con Furetière, pues consiste en poner en boca de personajes de importancia, á propósito de disputas insignificantes, las palabras de Don Diego, de Don Rodrigo y de Don Gormaz en el *Cid*.

Pero el recurso más ordinario del género burlesco consiste en tratar familiarmente á los dioses, en envilecer lo noble, en poner por los suelos lo precioso, en aburguesar á la aristocracia ó en encanallar á la burguesía. Consiste en ponerle á Júpiter un gorro de marmitón, y en reemplazar el cetro de las reinas con un cucharón. Se dice de él lo que Mercurio de Sosias :

Comme avec irrévérence
Parle des dieux ce maraud²!

Es el Triboulet de la literatura.

Á semejanza del esclavo antiguo, que subía en el carro del triunfador

1. En España ha abundado siempre este género en la poesía y en el teatro desde *La Gato-maquía* de Lope de Vega hasta el famoso sainete *Pancho y Mendrugo* (N. del T.)

2. ; Con qué irreverencia habla
De los dioses el zopenco !

para repetirle á cada paso que todo es mortal y perecedero, sigue los pasos á las grandezas de este mundo para recordarles que todo es transitorio vil y ridículo, considerado desde cierto punto de vista. Marmontel decía que dicho género tenía por misión ser el comentario perpetuo y elocuente de la palabra evangélica : *Vanitas vanitatum*.

Hubo un hombre en el siglo xvii á quien se llamaba el Emperador de lo Burlesco. Este título es usurpado, pues se lo dió él á sí mismo. Los demás le llamaban más modestamente d'Assoucy : el mono de Scarrón.

El tal d'Assoucy tenía muy ventajosa opinión de sí mismo, pues decía : « Lo burlesco es la piedra de toque de los ingenios delicados, y yo sobresalgo en este género » ; además decía en otro pasaje : « Si se me pregunta por qué lo burlesco, que tiene tantas partes excelentes y tantos rodeos agradables, después de haber divertido tan largo tiempo á nuestro país, ha dejado de divertir á la Corte, diré que esto obedece á que Scarrón ha muerto y á que yo he dejado de escribir. »

Carlos Coypeau, señor d'Assoucy (1605-1679) empezó desempeñando el papel de bufón en la corte de Luis XIII. Después recorrió las provincias. Encontrábasele por las carreteras yendo de un castillo á otro, vestido de una manera extravagante, seguido de dos pajes excéntricos que sostenían la orla de su manto, y pasando por las alternativas variadas de la buena mesa y de la miseria, ya mimado, ya hambriento, ya libre, ya preso, parodiando á Ovidio ó á Claudiano en el *Ovidio de buen humor* ó en el *Rapto de Proserpina*. Refirió su vida en sus *Aventuras burlescas* acompañando el relato de fantásticas invenciones y de elogios excesivos á su persona. Fué recogido por la casa reinante en Saboya que le dió albergue. Declaró en su prefacio :

— Soy el héroe verdadero de mi novela y, después de haber bogado por un mar borrascoso contra viento y marea, he llegado al fin á feliz puerto. El que me ha guiado á este puerto es un dios, el que en él me ha acogido es un rey y el genio que en el mismo me conserva es un ángel.

Véase otra página en que compara las incomodidades de las comidas de ceremonia con la libres y francas comilonas que á el le gustaban, y en la que brillan el buen humor, la observación y el buen sentido :

En esas buenas mesas de las que Dios preserve á todo espíritu atormentado como el mío, lejos de atreverse uno á decir lo que piensa, hay que escucharlo y elogiarlo todo. Si la comida durase un año, habría que estar fijo en su sitio y como clavado, pues no se permite más movimiento que el de